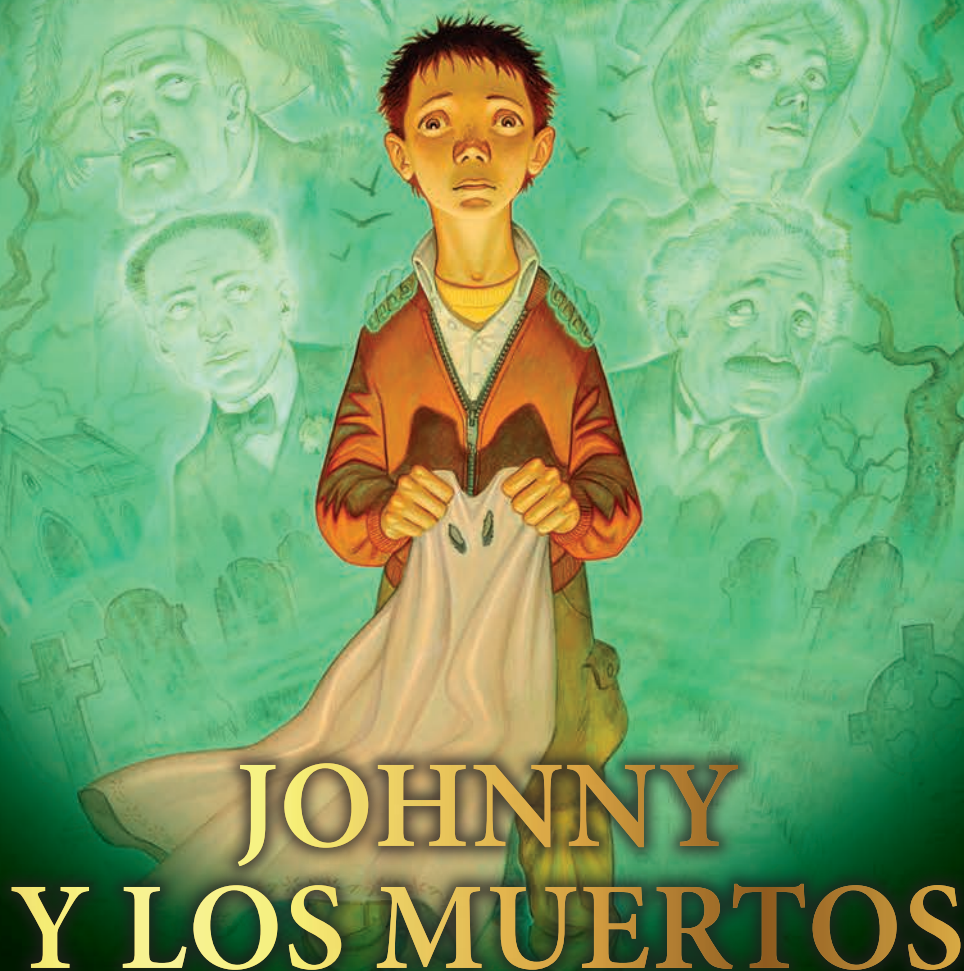


TERRY PRATCHETT



JOHNNY Y LOS MUERTOS

UNA HISTORIA DE JOHNNY MAXWELL

minotauro

TERRY
PRATCHETT

JOHNNY
Y LOS MUERTOS

UNA HISTORIA DE JOHNNY MAXWELL

minotauro

Johnny y los muertos

Título original: *Johnny and the Dead*

Copyright © Dunmanifestin Limited, 1993

Decorations copyright ©www.hen.co.uk, 2004

First published as Johnny and the Dead in 1993 by Doubleday, an imprint of Random House

Children's Publishers UK. Random House Children's Publishers UK is part of the Penguin Random House group of companies.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Albert Vitó i Godina, 2010

Adaptación de cubierta: Book&Look

Imagen de cubierta: Paul Kidby

Revisión: Balloon Comunicación

ISBN: 978-84-450-1872-9

Depósito legal: B. 13.900-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Capítulo uno

Johnny nunca llegó a saber por qué empezó a ver muertos.

El regidor le dijo que probablemente se debía a que era demasiado vago para no verlos.

A la mayoría de las personas la mente no les permite ver cosas que podrían trastornarlas, según el regidor. También dijo que él lo sabría porque había pasado toda su vida (1822-1906) sin ver nada.

El Cojo Johnson, que técnicamente era el mejor amigo de Johnny, dijo que lo que le pasaba era que estaba chiflado.

Pero el Serio, que leía libros de medicina, dijo que probablemente se debía a que Johnny no era capaz de centrarse como la gente normal. La gente normal se limitaba a no prestar atención a casi nada de lo que ocurría a su alrededor para poder concentrarse en cosas importantes como..., bueno, pues como levantarse, ir al baño y todas esas cosas que te permiten llevar una vida normal. Johnny, en cambio, se limi-

taba a abrir los ojos por la mañana y el universo en pleno le golpeaba en la cara.

El Cojo dijo que, para él, todo eso era «estar chiflado».

Lo llamaran como lo llamasen, el caso es que Johnny veía cosas que los demás eran incapaces de ver.

Como los muertos que vagaban por el cementerio.

El regidor, o al menos el antiguo regidor, tenía una actitud algo esnob respecto al resto de los muertos, incluso respecto al señor Vicenti, que tenía una enorme tumba de mármol negro con ángeles y una fotografía (1897-1958) en la que aparecía, con un aspecto que en absoluto era el de un difunto, tras una pequeña ventana. Según el regidor, el señor Vicenti había sido un capo de la Mafia. El señor Vicenti, por su parte, le dijo a Johnny que se había dedicado toda la vida a trabajar como mayorista de artículos de broma, escapista *amateur* y animador infantil, lo que en muchos aspectos era la profesión más diametralmente opuesta a la de un miembro de la Mafia.

Pero todo eso ocurrió más tarde. Después de conocer mejor a los muertos. Después de que apareciera el fantasma del Ford Capri.

Johnny descubrió de verdad el cementerio después de mudarse a vivir a casa de su abuelo. Esa fue la tercera fase de los tiempos difíciles;

después de los gritos, una época bastante mala, y de cuando tocó comportarse de un modo razonable (que fue peor: a la gente se le da mejor lo de gritar). En aquella época su padre tenía un empleo en el otro extremo del país y flotaba la vaga sensación de que todo iría bien, una vez que la gente había dejado de intentar ser razonable. Aunque, por norma general, Johnny trataba de no pensar mucho en ello.

Había empezado a tomar el sendero junto al canal en lugar de volver a casa en autobús, y descubrió que, si trepaba por el punto en el que el muro había caído y luego daba la vuelta por detrás del crematorio, se ahorrraba la mitad del camino.

Las tumbas llegaban hasta el borde del canal.

Era uno de esos cementerios en los que hay lechuzas y zorros y, a veces, en el periódico dominical, entrevistaban a alguien que hablaba de su herencia victoriana, aunque sin profundizar mucho en el tema porque era el tipo de herencia que no suele gustar, ya que queda demasiado alejada de Londres.

El Cojo decía que el cementerio le daba miedo y a veces volvía a casa por el camino más largo, pero a Johnny le decepcionó comprobar que, en realidad, no daba tanto miedo. Si conseguías dejar de pensar lo que era, si conseguías olvidarte de los esqueletos enterrados, sonriendo permanentemente en la oscuridad, se volvía un lugar bastante agradable. Los pájaros cantaban y no se oía el ruido del tráfico. Era un lugar tranquilo.

Pero se aseguró de comprobar unas cuantas cosas. Algunas de las tumbas más antiguas tenían grandes cajas de piedra encima que, en las zonas más agrestes, estaban resquebrajadas e incluso abiertas. Había echado una ojeada dentro, por si acaso.

En cierto modo, le decepcionó no encontrar nada.

Y luego estaban los mausoleos. Eran mucho más grandes y tenían puertas, como si fueran pequeñas casas. Se parecían a los típicos cobertizos de huerto, solo que les habían añadido ángeles, aunque con un aspecto mucho más realista de lo que cabría esperar, especialmente en el caso de uno que estaba cerca de la entrada, que parecía que acababa de arrepentirse de no haber ido al baño antes de salir del cielo.

Los dos chicos caminaban por el cementerio y levantaban con los pies los montones de hojarasca.

—La semana que viene es Halloween —dijo el Cojo—. Vamos a organizar una fiesta en casa. Tienes que venir con un aspecto horrible, o sea, que no te molestes en disfrazarte.

—Gracias —dijo Johnny.

—¿Te has dado cuenta de que ahora hay muchas más cosas de Halloween en las tiendas que antes?

—dijo el Cojo.

—Es por culpa de la noche del 15 de noviembre, la noche de los fuegos artificiales —respondió Johnny—. Había tanta gente que acababa volando

en pedazos que tuvieron que inventar Halloween para que la gente se limitara a llevar máscaras y todo eso.

—La señora Nugent dice que esas cosas alteran las fuerzas de lo oculto —dijo el Cojo.

La señora Nugent era la vecina del Cojo, que se caracterizaba por mostrarse poco razonable en determinadas circunstancias, como cuando alguien ponía Madonna a todo volumen a las tres de la madrugada.

—Puede que así sea —dijo Johnny.

—Dice que las brujas viajan durante Halloween —dijo el Cojo.

—¿Qué? —Johnny arrugó la frente—. ¿Viajar? ¿Cómo? ¿Del palo... se van a Mallorca y tal?

—Creo que sí —dijo el Cojo.

—Tiene sentido..., supongo. Deben de aprovechar las ofertas de temporada baja, son mujeres mayores —repuso Johnny—. Mi tía puede ir a cualquier parte en autobús prácticamente gratis y ni siquiera es bruja.

—No entiendo por qué se preocupa tanto la señora Nugent, pues —dijo el Cojo—. Este lugar debe de ser mucho más seguro cuando las brujas se van por ahí de vacaciones.

Pasaron junto a un mausoleo muy ornamentado que incluso tenía ventanitas con cristales de colores. Costaba imaginar que alguien quisiera verlas, sobre todo desde dentro.

—Creo que no me gustaría compartir avión con ellas —dijo el Cojo, que le estaba dando vueltas al

tema—. Imagina que solo pudieras ir de vacaciones en otoño, te subieras al avión y te encontraras con todas esas brujas a bordo.

—Sí, y cantando «para ser conductor de primera...», ¿no? —dijo Johnny.

—Y «un gato neeegroooo se balanceaaaabaaa...».

—Pero seguro que las atienden muy bien en los hoteles —dijo Johnny.

—Sí.

—Qué raro, ¿no? —dijo Johnny.

—¿El qué?

—Una vez leí algo —continuó Johnny— sobre esa gente de México o de no sé qué sitio en el que cada año van al cementerio a celebrar una gran fiesta por Halloween. Es como si no vieran lógico dejar de lado a la gente solo por el hecho de que esté muerta.

—Uf. ¿Un picnic? ¿En un cementerio de verdad?

—Sí.

—Apuesto a que deben de salir manos de color verde brillante del suelo para pillar algún que otro bollo.

—No lo creo. En cualquier caso..., en México no comen bollos. Comen una especie de tortas o algo así.

—Tortugas.

—¿Sí?

—Seguro —dijo el Cojo, mirando a su alrededor—. ¿A que no...? ¿A que no te atreverías a llamar a una de esas puertas? Apuesto a que oirías cómo los muertos se revuelven en sus tumbas.

—¿Por qué tendrían que revolverse?

El Cojo pensó en ello.

—Siempre lo hacen —dijo—. No sé por qué. Lo he visto en vídeo. Y pueden abrirse paso a través de las paredes.

—¿Por qué? —preguntó Johnny.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué tendrían que abrirse paso a través de las paredes? Quiero decir que... los vivos no podemos hacerlo. ¿Por qué tendrían que poder hacerlo los muertos?

La madre del Cojo era muy permisiva con los vídeos. Según él, le permitía ver películas que incluso la gente de cien años tenía que ver en compañía de sus padres.

—No lo sé —dijo—. Normalmente, se enfadan mucho por algún motivo.

—¿Por el hecho de estar muertos, quieres decir?

—Seguramente —dijo el Cojo—. No deben de pegarse precisamente la gran vida.

Johnny pensó en todo eso por la noche, después de encontrarse con el regidor. Las únicas personas muertas que había conocido eran el señor Page, que había muerto de algo en el hospital, y la bisabuela, que no solo llegó a cumplir noventa y seis años, sino que además debió de ser precisamente eso lo que la mató.

Ninguno de los dos había tenido demasiado mal carácter. Su bisabuela se confundía un poco con las cosas, pero no llegaba a enfadarse. Había ido a visitarla una vez a la residencia de Sunshine

Acres, donde se pasaba el día mirando la tele y esperando a que volviera a ser la hora de comer. Y el señor Page se limitaba a pasear en silencio; era el único hombre en toda la calle que aún estaba en casa a mediodía.

No parecían el tipo de gente que se levanta de la tumba después de morir para bailar con Michael Jackson. Y la única cosa por la que su bisabuela habría sido capaz de atravesar una pared sería para conseguir un televisor para ella sola y no tener que pelearse por el mando a distancia con quince ancianas más.

A Johnny le parecía que mucha gente se equivocaba. Se lo dijo al Cojo, pero este no estuvo de acuerdo con él.

—Lo más probable es que todo se vea de otro modo desde el punto de vista de un muerto —dijo.

A esas alturas ya paseaban por la avenida Oeste. El cementerio estaba distribuido igual que una ciudad, por calles. Los nombres no eran muy originales, por ejemplo, la calle del Norte y el paseo del Sur confluían en la avenida Oeste, en una pequeña área con gravilla en el suelo y unos bancos. Venía a ser como el centro de la ciudad, pero el silencio de los grandes mausoleos victorianos le daba al lugar el aspecto desolado de un domingo por la tarde en un centro comercial, el domingo por la tarde más largo del mundo.

—Mi padre dice que van a arrasar todo esto para construir algo aquí —dijo el Cojo—. Me contó

que el ayuntamiento lo ha vendido a una gran constructora por cuatro chavos porque le costaba demasiado dinero mantenerlo.

—¿Cómo? ¿Todo? —preguntó Johnny.

—Eso me contó —prosiguió el Cojo, aunque no parecía muy seguro de lo que contaba—. Dijo que era un escándalo.

—¿La parte de la alameda también?

—Todo —dijo el Cojo—. Van a construir oficinas o algo así.

Johnny contempló el cementerio. Era el único lugar sin edificios en varios kilómetros a la redonda.

—Pues yo les habría pagado al menos cinco chavos —dijo.

—Sí, pero tú no puedes construir nada encima —dijo el Cojo—. Eso es lo más importante.

—Yo no querría construir nada encima de esto. En vez de cuatro chavos, yo les habría pagado cinco por dejarlo tal como está.

—Ya —dijo el Cojo, la voz del sentido común—, pero la gente tiene que trabajar en algún sitio. Hacen falta puestos de trabajo.

—Apuesto que a los de aquí no les gustaría nada la idea si la supieran —dijo Johnny.

—Creo que los trasladarán a otra parte —dijo el Cojo—. Tendrán que hacerlo. De lo contrario, nadie se atreverá jamás a cavar un hoyo en su propio jardín.

Johnny observó la tumba que tenía más cerca. Era una de esas que parecían un cobertizo de

mármol. Había unas letras de bronce encima de la puerta:

REGIDOR THOMAS BOWLER

1822-1906

PRO BONO PUBLICO

Grabado en la piedra había un retrato, era de imaginar que del mismo regidor, con semblante serio y mirada perdida, como si él también se preguntara qué significaba *pro bono publico*.

—Apuesto a que este se enfadaría mucho —dijo Johnny.

Dudó un momento, subió los dos escalones rotos que llevaban hasta la puerta metálica y llamó con los nudillos. Nunca supo por qué lo hizo.

—¡Eh! ¡No hagas eso! —susurró el Cojo—. ¿Y si le da por revolverse en su tumba y salir?

El Cojo bajó aún más la voz antes de continuar.

—No debes intentar hablar con los muertos. Así es como empiezan las prácticas satánicas, lo han dicho por la tele.

—No veo por qué no —dijo Johnny.

Volvió a golpear la puerta.

Y la puerta se abrió.

El regidor Thomas Bowler parpadeó al ver la luz del sol antes de lanzarle una mirada desafiante a Johnny.

—¿Sí? —preguntó.

Johnny dio media vuelta y salió corriendo.

El Cojo lo alcanzó a medio camino de la calle del Norte. El Cojo no es un tipo especialmente atlético, y su velocidad habría sorprendido a cualquiera que lo conociera.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —jadeó.

—¿No lo has visto? —dijo Johnny.

—¡No he visto nada!

—¡La puerta se ha abierto!

—¡No es verdad!

—¡Que sí!

El Cojo aminoró la marcha.

—No, no se ha abierto —murmuró—. No se pueden abrir. ¿No lo ves? Están cerradas con candados.

—¿Para evitar que la gente entre o para evitar que salgan ellos? —preguntó Johnny.

Una expresión de pánico invadió el rostro del Cojo. Y como tenía una cara bastante grande, tardó un rato. Echó a correr de nuevo.

—¡Me estas tomando el pelo! —gritó—. ¡No pienso quedarme aquí a jugar a ritos satánicos! ¡Me voy a mi casa!

Dio la vuelta a la esquina en la calle Este y fue corriendo hacia la puerta principal.

Johnny aflojó el paso.

Pensó: «Candados».

Era cierto, de hecho. Ya se había fijado antes.

Todos los mausoleos estaban cerrados con llave para evitar que entraran los vándalos.

Y aun así..., aun así...

Si cerraba los ojos, veía al regidor Thomas Bowler. No era uno de esos muertos

tambaleantes que el Cojo había visto en vídeo, sino un hombre gordo, enorme, con una capa con adornos de piel, una cadena de oro y un sombrero picudo.

Dejó de correr y luego, poco a poco, volvió sobre sus pasos.

Había un candado en la puerta de la tumba del regidor. Estaba muy oxidado.

Johnny decidió que lo que había visto era consecuencia de la conversación con el Cojo. Le había llenado la cabeza de tonterías.

Igualmente, volvió a llamar.

—¿Sí? —dijo el regidor Thomas Bowler.

—Esto..., ejem..., disculpe...

—¿Qué quieres?

—¿Está usted muerto?

El regidor levantó la mirada hacia las letras de bronce que había sobre la entrada.

—¿Ves lo que pone ahí arriba? —dijo.

—Esto...

—*Mil novecientos seis*, pone. Fue un buen funeral, por lo que me han contado. Yo no asistí. —El regidor pensó en lo que acababa de decir—. Bueno sí, sí que estaba allí, pero no en una posición que me permitiera observar el acontecimiento. Creo que el cura dio un sermón muy conmovedor. ¿Qué me has dicho que querías?

—Esto... —Johnny miró a su alrededor preso de la desesperación—. ¿Qué... esto... qué significa *pro bono publico*?

—Por el bien público —dijo el regidor.

—Ah. Bien..., gracias. —Johnny retrocedió—. Muchas gracias.

—¿Solo era eso?

—Esto... sí.

El regidor negó con la cabeza en un gesto de tristeza.

—Ya me imaginaba que no sería nada importante —dijo—. No ha venido nadie a verme desde mil novecientos veintitrés. Y fue porque se equivocaron de nombre. Ni siquiera eran parientes míos. Y eran estadounidenses. Bueno, pues..., adiós, muy buenas.

Johnny dudó un momento. «Podría dar media vuelta —pensó— e irme a casa. Y si me doy la vuelta, jamás sabré qué es lo que pasa después. Me marcharé y jamás llegaré a saber por qué ha ocurrido ahora y qué habría sucedido después. Me marcharé, me haré mayor, encontraré un empleo, me casaré, tendré hijos, me harán abuelo, me jubilaré, me aficionaré a la petanca, ingresaré en Sunshine Acres y me pasaré el día viendo la televisión hasta que me muera, y jamás lo sabré».

Y siguió pensando: «Quizá eso ya lo hice. Puede que todo eso ya haya sucedido y que, en mi lecho de muerte, una especie de ángel haya aparecido y me haya preguntado si deseaba que me concediera algún deseo, puede que yo le haya dicho que sí, que me gustaría saber qué habría ocurrido si no hubiera salido corriendo, y el ángel haya dicho que vale, que de acuerdo, que podía volver. Y por

eso estoy aquí otra vez. No puedo fallarme a mí mismo».

El mundo estaba esperando. Johnny dio un paso adelante.

—Está usted muerto, ¿verdad? —dijo lentamente.

—Pues sí. Es una de esas cosas de las que uno puede estar del todo seguro.

—Pero no parece usted muerto. Quiero decir que... pensaba que..., ya sabe..., el féretro y todo eso...

—Ah, sí. Eso es una parte del asunto —dijo el regidor, con indiferencia—, pero esta también existe.

—¿Es usted un fantasma? —Johnny se sentía bastante aliviado. Podía ponerse de acuerdo con un fantasma.

—Me gustaría pensar que hay una manera más digna de expresarlo —dijo el regidor.

—Mi amigo, el Cojo, quedará muy impresionado cuando le conozca —dijo Johnny.

De repente le pasó una idea por la cabeza.

—Usted no debe de saber bailar, ¿no? —preguntó Johnny.

—Hombre, se me daba bastante bien el vals —respondió el regidor.

—Me refería a algo como... como esto —dijo Johnny.

Intentó ofrecer la mejor interpretación posible de un baile tipo Michael Jackson.

—Como... con los pies —dijo a modo de disculpa.

—¡Eh, eso ha estado bien! —dijo el regidor Tom Bowler.

—Sí, y hay que llevar un guante brillante en una de las manos...

—¿Eso es muy importante?

—Sí, y tiene que decir «¡au!».

—Supongo que es lógico hacerlo cuando bailas de ese modo —dijo el regidor.

—No, quiero decir que hay que gritar «¡uuuuuu-iii!» con...

Johnny se detuvo. Se dio cuenta de que se había dejado llevar demasiado por el entusiasmo.

—Pero mire —dijo a la vez que se detenía al borde de un surco que había en la gravilla—. No entiendo cómo puede estar usted muerto y aun así hablar y andar...

—Es probable que se deba a la relatividad —dijo el regidor mientras intentaba hacer el paso de *Moonwalk* rígidamente por el sendero—. Era así, ¿no? ¡Ay!

—Casi —dijo Johnny con tono amable—. Esto... ¿a qué se refiere con lo de la relatividad?

—Einstein lo explica bastante bien —dijo el regidor.

—¿Qué? ¿Albert Einstein? —dijo Johnny.

—¿Quién?

—Fue un científico famoso. Inventó... la velocidad de la luz y tal.

—¿Sí? Yo me refería a Solomon Einstein. Era un taxidermista famoso de la calle del Cable. De los que disecan animales muertos, ya sabes. Creo

que inventó una especie de máquina para fabricar ojos de cristal. Lo atropelló un coche en mil novecientos treinta y dos. Pero era un tipo brillante, en cualquier caso.

—No lo sabía —dijo Johnny, mirando a su alrededor.

Oscurecía.

—Creo que será mejor que vuelva a casa —dijo, y empezó a alejarse.

—Pues yo creo que le estoy cogiendo el truquillo a esto —dijo el regidor, que seguía con el *Moonwalk* por el sendero.

—Ya... esto... ya nos veremos. Quizá —dijo Johnny.

—Vuelve cuando quieras —dijo el regidor mientras Johnny se alejaba tan rápido y, a la vez, con tanta educación como pudo—. Me encontrarás siempre aquí. Siempre aquí —prosiguió el regidor—. Eso sí que se aprende bien, estar siempre en el mismo sitio, cuando se está muerto. Esto... ¡yijaaa!, ¿era así?

